

INTELIGENCIA Y PSICOLOGÍA EN LA EDAD ESCOLAR. ¿PODEMOS CONTRIBUIR A EDUCAR LA INTELIGENCIA DE NUESTROS HIJOS Y ALUMNOS? ¿QUÉ PODEMOS HACER?

Isabel Rodríguez Téllez - Directora de www.e-innova.ucm



Ilustración: Lienzo "En la playa rocosa" - William Adolphe Bouguereau

La inteligencia de nuestros hijos/as o alumnos/as es algo que nos preocupa a todos, lo malo es que - en el fondo - no tenemos suficientemente claro qué es eso de la inteligencia, aunque todos creamos estar seguros de que lo sabemos a ciencia cierta. Es realmente algo que todos creen conocer pero que tienen enormes dificultades a la hora de explicar. Y no es para menos.

¿Es mi hija o mi hijo, mi alumna o mi alumno, una persona inteligente?
¿Cómo puedo cerciorarme?

Y lo más importante, ¿puedo hacer yo algo para mejorar su capacidad intelectual?

A veces, incluso, el asunto se complica mucho más: ¿cómo es posible que a pesar de ser una persona inteligente, ya que da sobradas muestras de ello, fracase en sus estudios? ¿Sabía usted que una persona con **altas habilidades intelectuales** - lo que normalmente se conoce como una persona superdotada - puede resultar un desastre en el colegio o en la vida? Pero ese es un tema, que aunque aquí podamos dar algunas claves para su comprensión, tendríamos que tratar con más detalle en otro momento.

Le sorprenderá si le digo que, en circunstancias normalmente aceptables, todos los niños y niñas, poseen una extraordinaria capacidad para el desarrollo de su inteligencia, que en la edad escolar, con la aparición del ritmo cerebral "alfa", han alcanzado un nivel potencial de inteligencia capaz de enviar una nave a Marte y que en los primeros pasos de su adolescencia podrían llegar a alcanzar altos niveles de especulación científica y filosófica.

Podemos pensar que es una cuestión de capacidad y puede que la naturaleza no nos haya hecho capaces.

Pero atención eso no quiere decir que todo el mundo sin excepción pueda llegar a desarrollar esas facultades.

Y es que la inteligencia cultivada, la necesaria para alcanzar los objetivos de formación personal necesarios, es una facultad humana que aún teniendo la semilla no florece de manera espontánea sino que hay que educar. Y, además, no existe un solo modo de manifestación, sino que hay una multiplicidad posible de inteligencias.

Básicamente, la inteligencia supone la capacidad de lectura interior del pensamiento, y como toda lectura, exige una alfabetización.

Y no lo olvide, no hay diferencia entre inteligencia para las “ciencias” o las “letras”. Muchas veces se ha relacionado la destreza matemática con la inteligencia.

Si no me enseñan a hablar correctamente un idioma jamás podré usarlo con la suficiente propiedad y digo esto porque *la matemática es también un lenguaje, un lenguaje formal* que pretende ser exacto, al margen del **lenguaje ordinario** contaminado de aspectos emocionales. Y como tal, su conocimiento es el resultado, también, de su correspondiente alfabetización.

La matemática es, entre otras cosas, el lenguaje de la ciencia. Es el lenguaje en el que se expresa, por ejemplo, la física; y por cierto, la física no es nada abstracta es lo más concreto que existe, porque si no aplicamos bien los cálculos se nos caerá la casa. No obstante también se puede escribir filosofía en el lenguaje matemático, gracias a ello los griegos inventaron el cálculo de matrices que luego - muchos siglos atrás- resultó ser de extraordinaria utilidad para la expresión matemática de la mecánica cuántica.

Tenemos pues que enseñar a leer, de manera ordenada y coherente, los diferentes códigos o lenguajes del pensamiento, ayudando a poner en orden las ideas y facilitando su expresión ordenada y correcta.

Por otra parte, la inteligencia, no es un fenómeno aislado en el contexto de las funciones psíquicas superiores, ya que los aspectos emocionales cumplen también un importante papel en su determinación. El bloqueo emocional puede, de hecho, arruinar muchas formas de la manifestación de lo inteligente. Nuestras emociones exigen, a su vez, ser tratadas de una manera muy especial por la inteligencia, precisamente para que actúen a nuestro favor y no al contrario. También esto exige un duro aprendizaje para el que vamos a necesitar mucha ayuda.

El ser humano es un sistema complejo en el que todo se encuentra entrelazado, interconectado. Una inseguridad emocional puede arruinar la capacidad de nuestra inteligencia - en un momento dado - y hacernos torpes, inseguros e inútiles, conduciéndonos a un fracaso que no nos corresponde.

El proceso de instrucción educativa afecta a muchas formas de inteligencia y no todas las tenemos todas en el mismo grado. Hay una gran diferencia que corresponde a estímulos previos, a experiencias cristalizadoras que nos han animado a seguir, con más intensidad, por una determinada dirección y nos han hecho más eficientes en ese aspecto concreto de la inteligencia. Si mi entorno es un entorno de vocación musical con seguridad se me habrá ido desarrollando una predisposición hacia ese tipo de inteligencia que, a diferencia de muchos y más allá del simple placer estético, me hará capaz de distinguir con claridad notas e instrumentos en el aparente *maremágnum* de la orquesta sinfónica.

Eso no significa que se deba entonces renunciar al resto de las exigencias intelectivas. Lo único que sucede es que habrá que poner más cuidado y empeño en aquellas para las que estamos menos predispuestos. Créame, nada es inalcanzable, todo depende de las motivaciones, de la voluntad, de la disciplina y de los métodos.

Tal vez esté usted pensando en la utilidad y en la capacidad de acierto de los llamados “*test de inteligencia*”. Cuando una vez le preguntaron a un psicólogo norteamericano qué era la inteligencia, no vaciló en responder que la inteligencia es lo que miden los test de inteligencia, y se quedó tan tranquilo; pero nosotros no, ya que la inteligencia es mucho más y en ocasiones nada tiene que ver con lo que miden los test.

Lo cierto es que los *test*, si acaso, tienen una validez relativa y sus resultados no significan en absoluto que de ellos haya de desprenderse ningún tipo de predisposición, ni positiva ni negativa, hacia el futuro: ni aseguran ni invalidan, sólo orientan y suponen un elemento más, entre otros, para el diagnóstico.

Ahora estaremos todos de acuerdo en que no vale decir “*no es inteligente, no vale para determinada tarea*”, habrá más bien que señalar que - en la situación actual - se hace necesario dotar a la criatura de las destrezas inteligentes necesarias, cuando no las haya, para esa meta determinada y ese es precisamente el sentido de la actividad educadora.

La inteligencia tampoco se tiene por las buenas y ya está: se evidencia en los actos, en las estrategias o en los comportamientos. Y tenemos que enseñar cuáles son las acciones adecuadas, esto es las más inteligentes, para alcanzar un objetivo real. A veces la elección del camino inteligente puede salvarnos, incluso, la vida.

Por otra parte la inteligencia no puede desarrollarse al margen de un entorno cultural apropiado. La sensibilidad, el descubrimiento, la curiosidad que se expresa en preguntas acertadas y que recibe un buen eco es el mejor caldo de cultivo de la inteligencia.

Y si hay que alfabetizar el pensamiento, darle forma con ideas ordenadas y palabras, nada mejor que la estimulación a la lectura para ello. Y aquí usted puede hacer lo más importante. Hay todo un mundo apasionante por descubrir que se encuentra al alcance de nuestra mano, en las bibliotecas, en los museos, en la naturaleza, en la gran oferta de los documentales temáticos pero se trata de una aventura que tiene que ser compartida, estimulada, reconocida.

Y sabe usted cuál es la inteligencia más importante de todas: sin duda la capacidad de adaptación al cambio permanente, de recursos y situaciones, que nos exige nuestro tiempo. Y eso ya lo decía William **James**, a principios del siglo XX, en su libro “*Democracia y Educación*”. Precisamente ese es el perfil: inteligencia y capacidad de adentrarse, con valentía, seguridad y eficacia, por los nuevos territorios que se abren hacia el futuro.